



EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses. 28 reales.
Seis 50 .
Un año. 90 .

EDICION ECONOMICA.

Tres meses. 16 reales.
Seis 28 .
Un año. 50 .

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

EN EL EXTRANJERO,
ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses. 5 pesos.
Un año. 9 .

EN EL CENTRO DE AMÉRICA
Y FILIPINAS.

Un año. 11 pesos.

Año II.

Madrid 21 de Junio de 1872.

Número 23.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—*El caballo de Caligula*, por D. Juan E. Hartzenbusch.—*El bobo de mi pueblo*, por D. J. Dario Sanz.—*Negros y azules*, por D. José F. San Martín y Aguirre.—*Química doméstica*, por Hinova.—*Epigrama*, por don Constantino Llombart.—*El Libro del corazón*, por don Ramon Ortega y Frias.—*Enequias de D. Carlos Rubio*, por D. Gaspar Bono y Serrano.—*Explicación de los grabados*.—*A nuestras suscriptoras*.

Grabado núm. 1.



REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Heme aquí en la capital de Francia, en este verdadero centro de la elegancia y de las creaciones más caprichosas, recorriendo los *boulevares*, admirando los surtidos comercios, la variedad de telas, los preciosos modelos, y ocupándome incesantemente de las bellas lectoras de mi *Figurin*, para las que anhelo todo lo más selecto y nuevo que en el templo de la moda se encierra.

La Francia puede abatirse ó empobrecerse, pero jamás perderá el caprichoso buen gusto que es proverbial en ella.

Aun cuando la tem-

peratura casi es impropia del mes de Junio, y que el calor todavía no se siente con intensidad, los trajes son completamente frescos y primaverales, notándose gran variedad en sus adornos y formas, predominando las faldas con polonesa

para trajes de viaje y baños, guarnecidas con fular malva sobre gris, marrón ó verde y cortados los volantes y bordes de túnica en picos pronunciados, que por sí solos constituyen un adorno elegante.

Los fular ó lanillas *Pompadour* hacen furor sobre todo para túnicas, con primera falda de fular liso y con estas telas se efectúan múltiples combinaciones, ya color barquillo claro y oscuro, ya malva y violeta, ya esta última con color gris tierra, gris claro, gris plata, gris pizarra ó flor de romero.

De estos dos colores últimos hemos visto un lindísimo vestido para viaje, compuesto de la primera falda gris, adornada con un ancho volante cortado á picos y cabecilla igual, bordeados con fular lila claro: la polonesa es gris más claro, adornada lo mismo y con escote fichú y solapas: la polonesa cerrada hasta un poco más abajo de la cintura, pero continuando hasta el borde y los botones de seda lila. El sombrero era de paja

de Italia con plumas marron y terciopelo de este color, una rosa grana y larga caída de gasa: las botas de becerro gris.

En casa de una de esas hadas de la moda, que tan especial originalidad demuestran, fijamos nuestra atencion en algunos vestidos, de los cuales apenas sabriamos escoger uno en particular, pues todos eran encantadores.

Uno de ellos era de faya lila adornado con glasé blanco: la falda de semi-cola tenia cuatro volantes picados y un rizado á la cabecilla: corpiño abierto y túnica de crespon de China blanco, con fleco musgoso, drapeada y recogida con bandas de faya lila.

Otro, precioso, era de faya color rubí, adornada la falda con cinco volantes ondeados y bordeados con raso rubí: túnica de faya rubí formando delantal con entredoses Chantilly y bandas de faya: una banda de raso y volante Chantilly, bordea la túnica, que por detrás es de faya rubí, sujetando los recogidos con lazos de cinta negra.

El tercero, para playa, era de batista color crudo con túnica-polonesa, adornada con lazos Luis XV y guipur al borde; con este traje es de muy buen efecto un velo de encaje negro bastante ancho, sujeto en la cima del cabello, pero un poco inclinado á un lado, con una rosa y follaje con capullos.

Para una jovencita de quince á diez y seis años, describiremos un precioso traje: la primera falda es de sultana azul con cinco bieses anchos y vivos blancos. Polonesa de sultana, con listas blancas y azules, adornada con bieses de sultana azul. Manga abierta hasta el codo.

Para niñas de doce á catorce años citaremos dos trajes que agradarán bastante á nuestras lectoras.

Uno era de bengalina rosa con listas arrasadas y la primera falda de fular rosa con volantitos picados recogiendo la túnica sola á un lado con un lazo de cinta. El corpiño alto con una larga aldeta que forma tres tablas por detrás cogidos con un lazo rosa: el delantero tiene muletillas rosa y una blonda colocada formando tirantes. Sombrero Watteau de paja de arroz, con forro de seda rosa, recogida el ala á un lado con lazo rosa y estas flores formando puff.

¿Pueden figurarse nuestras lectoras algo más primaveral y juvenil?

El segundo traje era blanco, de organdí, con túnica princesa y lazos azul-turquesa con cinturón del mismo color.

No ménos lindos son los vestidos de fular crudo bordado en camafeo de dos colores seda oscura y clara, forma princesa, corpiño con escote cuadrado y polonesa ajustada. Sombrero de paja de arroz adornado con faya de dos puntos de color, y flores azules.

Para niño de siete años aconsejaremos pantalon ancho de lana dulce, color claro, adornado con galon oscuro. Chaleco oscuro abotonado. Chaqueta con bolsillos figurados y cartera. Sombrero de paja inglesa con galon de seda.

Los querubines de dos años y medio, están encantadores con faldillas plegadas, tela escocesa blanca y azul de poplin ingles. Chaquetita con aldetas adornado con galones y botones de seda azul.

Sombrero de paja de Italia recogido á un lado con lazo azul.

Las graciosas niñas de cuatro años, los capullos perfumados del jardin doméstico, aparecen aún más graciosas con un vestido de mil rayas blancas y rosa, guarnecida la primera falda con un encañonado y segunda falda muy corta ondeada con corpiño de escote cuadrado y manga corta. Una camiseta de muselina blanca con bullonados por los que se pasan cintas rosa completa tan bonito traje.

Hasta la edad de diez años, no gastan las niñas gaban de verano, sino solo un cinturón de seda; pasada esa edad, lo más elegante es de cachemir blanco, bordado con sutache negro ó de color, y al borde un fleco.

Hemos tenido ocasion de fijar nuestra atencion en algunos trajes destinados á la jóven condesa de B..., que por sus adornos y variedad eran de incomparable elegancia.

Uno era de fular violeta con lunares malva, adornado con profusion de volantes y otro de listas grises y azules: falda con encañonados de distancia en distancia, y polonesa drapeada con coquetería.

Un traje completo de color crudo con dibujos Pompadour.

De listas de colores vivos, sobre un fondo azul negro, ó

grana, era la tela destinada para dos batas de levantarse.

Para vestidos modestos nada podriamos aconsejar mejor que el percal, la brillantina ó los mozambiques, de los que tan nuevo y gran surtido se encuentra en casa de los señores Ibarra y Montilla, Postas 35, y Zaragoza 8.

El *Parisien*, *Tamartina*, la *Granadina*, la cretona Pompadour, y la chaconada, son de precios módicos para las personas que ó no pueden permitirse grandes dispendios, ó para aquellas que comprenden cuan variable es la moda, y prefieren alquilar telas de poco precio para renovar sus vestidos con más frecuencia.

Apesar de que el horizonte de la política se presenta sombrío, la mayor parte de las familias se preparan á emprender sus viajes veraniegos, para en la soledad de los campos ó con las brisas del mar, recobrar la salud y la frescura perdida, por las frecuentes fiestas del invierno y las veladas que son las destructoras de la belleza y de ese don precioso, la salud: para calmar un tanto la irritacion del cutis debe emplearse el *Agua del Serrallo*, ó la *crema de Turquía*; y para las manos la *Nata de Venus*, que las devuelve su blancura, su tersura y su suavidad.

El *Agua maravillosa de Rosas de Grecia*, descubrimiento hecho tambien por madame Eloisa, es uno de esos específicos admirables para realizar la hermosura.

II.

Hoy damos en nuestro grabado de labores uno de esos modelos bordeado sobre piel y que representa un portamoneda árabe, original y elegantísimo. Se compone de tres partes, dos unidas por medio de un sólido pespunte, y la tercera que termina en punta y forma la cartera: líneas rectas de bordado que rodean el portamoneda se hacen con sutache de oro y el dibujo se borda al pasado con hilo de oro y sin rellenar, de modo que aparezca plano. Dos botones de plata cincelada cubren en un lado el broche y en el otro la presilla, como si fuera un cinturón de vestido; interiormente no se forra, y si se forman tres divisiones de cuero amarillo con picados: es verdaderamente una de las labores más especiales.

En estos largos dias de verano, pueden las jovencitas como un medio de acostumbrarse á tener órden más tarde en su lugar doméstico, emplear sus horas en el arreglo de la ropa blanca, volver lo más usado de las sábanas, poniendo en los extremos los centros y viceversa; para su más larga conservacion reforzándolas todo el rededor con una cinta muy fina y como de un dedo de ancho colocada en el interior. Las tohallas, servilletas y manteles, se recorren sacando nuevos flecos en las primeras, si están deterioradas ó doblándollas, guardándolas lavadas, pero sin planchar, así como toda la ropa blanca que no deba servir hasta el invierno; se limpian los objetos de lana, pieles ó terciopelos, y se envuelven en un pedacito de algodón, con un grano de alcanfor y otro de pimienta, para evitar que la polilla deteriore é inutilice todo aquello reservado para el frio.

En los armarios, baules ó cómodas debe ponerse tambien alcanfor para que se impregne de él.

Estos detalles parecerán pueriles; pero son en extremo necesarios en las casas.

La Baronesa de Wilson.

EL CABALLO DE CALIGULA.

A su caballo nombró
Cónsul Calígula fiero,
Y el cuadrúpedo altanero
Ya la paja rechazó,
Dorada se le llevó,
Y la comió sin desden.
Echan al pueblo tambien
Paja escritores distintos;
Pero adulan sus instintos;
La doran y pasan bien.

Juan E. Hartzenbusch.

EL BOBO DE MI PUEBLO.

(Conclusion).

—Que esta mañana fué por sal al alfolí y la borrica ha vuelto sola, con un talego tieso como una bacalada seca, ya hace dos horas, y Juan no parece.

—No tengas cuidado que ya parecerá, cosa mala nunca muere.

Callaron las voces, y Juan ratiocinó así interiormente:

—Puesto que no hay nadie en casa, saltaré la cerca, y para que mi mujer me perdone, me encerraré en la bodega y no saldré hasta que machacando mucho esparto y trenzando muchas varas de sogá, haga ver que sé trabajar, y compense las pérdidas que he ocasionado.

Dicho y hecho. Juan entró furtivamente en su vivienda, apoderose de un mazo y se puso á majar esparto en el poyo donde estaban empotradas las tinajas del aceite, con tanta decision que antes del tercer golpe ya había abierto en la pared de la vasija más inmediata un ancho agujero por donde se escapaba un rio de aceite que mansamente inundaba el piso, prestándole la apariencia de un espejo.

El asombro de Juan ante este nuevo contratiempo, le privó durante algunos minutos, de la facultad de moverse; urgía, no obstante, tomar una resolution, y el bobo, dirigiéndose al cuarto de amasar, fué bajando la harina del arcon y arrojándola sobre el aceite vertido, con intento de que lo empapase. El resultado de su operacion fué dejar el arcon vacío y el piso de la cueva cubierto de una capa de papilla que á él le llegaba á media pierna.

—He querido ser útil,—exclamó con dolor, contemplando lo que acababa de hacer,—y cada paso mio ocasiona un desastre imposible de ocultar; ya que para nada sirvo en el mundo, no me queda otro recurso que morir; voy á comerme todo el rejalgá que María hizo para los ratones, y con esto conseguiré reventar.

—Bien dije yo,—continuaba en la despensa devorando con una actividad extraordinaria el contenido de una gran orza,—que esto era arrope; el veneno no puede saber tan ricamente. María me ha engañado, y aunque me coma todo el que aquí hay, ni siquiera me dará cólico. ¡Sí, facilito es que el arrope me haga á mí daño! Voy á recurrir á otro medio: me mataré de un mazazo, y para que el valor de herirme á mí mismo no me falté, irá el mazo al aire y pondré la cabeza debajo cuando caiga.

Precisamente en el momento en que Juan ponía en ejecución su segundo proyecto de suicidio, entró en casa su desconsolada mujer, que recorrido el pueblo, sin fruto y mandado un propio á la ciudad, volvía á casa á esperar noticias del desaparecido esposo. Apenas puso el pié en el portal, que tan limpio quedaba al irse ella, y que á la sazón aparecía lleno de parches y blanco de la harina, y sin que tuviera tiempo para darse cuenta del motivo de aquella mudanza, oyó en el patio un estrépito infernal ocasionado por las gallinas que alborotaban como perseguidas de cerca y amenazadas de un grave peligro.

—Gertrudis,—dijo á la criada,—esta sola desdicha nos hacia falta hoy; en casa hay ladrones, que despues de saquearla por dentro, me roban ahora las gallinas.

María no era cobarde, y se dirigió al patio quedándose enteramente absorta ante el espectáculo que presentaba. En primer lugar, Juan no se había perdido puesto que estaba en el patio corriendo de una parte á otra, arrojando al alto un grueso madero cuya caída esquivaban él y las gallinas y conejos, y cuyos golpes habían causado ya un sin número de victimas entre los habitantes del corral. Dudosa María entre el placer de encontrar vivo á Juan y el disgusto de verle en aquel estado tan semejante á la locura, permaneció silenciosa un momento, que fué suficiente para que apercibiéndola el bobo, dejase de correr y viniese á caer á sus piés sollozando y pidiendo perdon, ni más ni menos que un niño.

Las entrecortadas explicaciones de Juan y un paseo por la despensa, el cuarto del amasijo y la bodega, enteraron bien pronto á María de lo sucedido.

—Oye,—dijo á su esposo,—la pérdida es más aparente que efectiva; pero á pocos encargos que hagas que cuesten tanto nos quedaremos pobres y no podremos vivir juntos,

porque los disgustos nos obligarian á aborrecernos y separarnos. En adelante, si apetece que te perdone, harás lo que todos los hombres del pueblo, si no, me retiraré á casa de mi madre.

—No, por Dios,—contestó Juan;—¿qué seria de mí si me dejases? Yo te prometo por el cariño de mi madre y el que te tengo, y el que tendré á mis hijos, que haré lo que desees.

Tengo entendido que el bobo cumplió fielmente su compromiso, y que si mi cuento no ha empezado con el indispensable *pues señor*, debo concluirlo manifestando que mis protagonistas vivieron contentos y felices, y rodeados de una numerosa familia, y que llegó un dia en que se dudaba de si Juan era en efecto bobo.

La moraleja de este cuento es muy obvia. No es el bobo de mi pueblo el único que aplica á un asunto el consejo que le han dado á propósito de otro diverso, ni el solo que pretende curar un mal, produciendo otros mayores. De esto se ve en el mundo diariamente. En cambio son pocos, por desgracia, los que cumplen lo que han ofrecido y los que, como Juan, limitándose á hacer lo que saben y nada más, logran asegurar su dicha y no pretenden otra que la del hogar doméstico.

J. Darío Sanz.

NEGROS Y AZULES ⁽¹⁾.

De una linda morena
Los ojos negros
Al mirarme me dicen:
—¡Cuánto te quiero!
¡Amame, vamos,
Sino con mis miradas
De amor te mato!

Los ojitos azules
De una rubita
Me dicen al mirarme:
—¡Ay vida mia!
¡Sufro una pena...
¡Amame si no quieres
Que amando muera!

Los azules y negros
Tienen la culpa
De que continuamente
Mi pecho sufra.
¡Oh Dios eterno!
Decidme: ¿á cuáles ojos
Amar yo debo?

Yo amaría los ojos
De la morena;
Tambien los de la rubia
Amar quisiera;
¿Quién no amar puede
A unos ojos de cielo
Que de amor mueren?

Los azules y negros
Tienen la culpa,
De que mi pobre pecho
Martirios sufra.
¡Pícaros ojos,
Por quienes sufro tanto:
Os amo á todas!

José F. San Martín y Aguirre.

QUÍMICA DOMÉSTICA.

Nada hay más desagradable á la vista, que las manchas de tinta sobre la ropa blanca; así es que debe procurarse hacerlas desaparecer inmediatamente. Antes de que entren los objetos en la lejía, se riegan las manchas con gotas de sebo, de modo que al salir la grasa en la colada, se quita la mancha, la cual, si conserva un color amarillento, desaparece con la segunda lejía.

(1) Tomado del *Maremagnum*.

Otra receta, que es de buen resultado y utilísima para aquellas personas cuya fortuna no les permite gastar con frecuencia en guantes. Con un pedazo de franela mojada ligeramente en leche, y salpicada con jabon blanco raspado, se frota el guante, no en gene al, sino en detalle, empleando despues otro pedazo de fra. ela para secar la parte húmeda de la piel, frotando con est. objeto, y si posible fuera colocado en la mano, ó en una d. madera.

Puede emplearse tambien una esponja empapada en es-

píritu de trementina y pasarla varias veces sobre el guante.

Para limpiar el cachemir, se empapa primero en una artesa de agua: en otra se mezclan 15 litros de agua, 100 gramos de jabon de Génova y 150 gramos de hiel purificada: en esta mezcla se lava el cachemir, enjuagándolo despues en agua clara, cargada ligeramente de alumbre.

Hinnova.

Grabado núm. 2.



EPIGRAMA.

«Con «La Envidia» (en un prospecto
Se dijo á los suscritores)
Del autor se da, señores,
El retrato más perfecto.

Y decia un suscritor
Amigo del literato:
«Si, con La Envidia, el retrato
Se reparte del autor.»

Constantino Llombart.



1042

EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

23-72

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VI.

Dos bujías que se apagan y un criado que espía.

La baronesa había entrado en su dormitorio, dejándose

caer en un sillón, cruzando los brazos, inclinando sobre el pecho la cabeza y quedando inmóvil.

Pasó una hora.

Había cerrado los ojos.

Hubiérase dicho que se había dormido, y sin embargo, nunca había estado tan despierta.

Los criados esperaban para acudir al primer llamamiento de su señora, pero ésta no llamaba.

—¿Qué le habra sucedido?—dijo la doncella.—Yo entraría para saber si algo la ocurre; pero si se enfada... No me atrevo.

Y el tiempo siguió pasando.

Grabado núm. 3.



Y en toda la casa era absoluto el silencio. En la habitación donde estaba la baronesa, no se percibía otro ruido que el tic-tac de la péndola de un reloj.

Eran las tres, y se habían consumido las dos bujías puestas en un candelabro. La luz empezó á ser desigual, muy viva unas veces, y otras muy opaca.

Por fin esparciase una claridad intensa, y un momento despues la habitacion quedó en la más completa oscuridad.

La viuda exhaló un grito como si repentinamente despertase del más profundo sueño y se encontrase frente á un fantasma.

Luego extendió un brazo, buscó á tientas el cordon de la campanilla y tiró violentamente.

Su doncella acudió.

—Luz, luz,—dijo la baronesa.

A los pocos momentos una lámpara disipaba las tinieblas.

—¿Que hora es?—preguntó la encantadora jóven,

Miró el reloj.

—Más de las tres,—murmuró con tono de extrañeza.

Era indudable que no se habia apercibido del tiempo que pasaba.

¿En qué habia pensado?

Nosotros lo sabemos y podemos decirlo.

Tres personas habian ocupado el pensamiento de la baronesa.

Estas tres personas eran su hijo, el señor de Velardi y Alberto.

Pensar en las tres, era para la viuda ocuparse de un solo asunto.

Esto parece parodógico y no lo es.

La desgraciada jóven no podia ocuparse de su hijo sin pensar tambien en el señor de Velardi, puesto que la suerte del primero dependia del segundo.

Muchas veces hemos dicho que la baronesa se quejaba de su soledad, por más que estuviese en medio del bullicio del mundo.

Considerábase tambien desgraciada porque no habia podido encontrar un hombre que fuese capaz de comprenderla, y aquella noche el hombre á quien buscaba se le habia presentado y era Alberto.

Y hé ahí por qué tenia que pensar en éste al ocuparse de su situacion, que era lo mismo que ocuparse de su hijo y del hombre misterioso.

Habia hablado el señor de Velardi de un plazo; pero sobre este punto hemos de esperar para comprender la situacion.

¿Por qué la viuda habia creido encontrar en Alberto al hombre á quien buscaba?

Ella misma no podia decirlo, porque no se habia guiado más que por un instinto.

La mirada de Alberto habia fascinado á la baronesa.

Al querer arrostrar aquella mirada, habia sentido ella una profunda turbacion.

¿Por qué le sucedió esto por primera vez en su vida?

No quiso ó no pudo averiguar la causa, y creyó desde luego que consistia en que Alberto era un hombre extraordinario, pues si hubiera sido un hombre como todos, no la habria impresionado tan fuertemente, no la habria fascinado, ejerciendo con su sola mirada una influencia incontrastable.

Sabemos ya que no se equivocaba la baronesa al discursar así.

Una sola vez se preguntó si era posible que ella se enamorase de Alberto; pero tuvo miedo de examinar su corazon.

¿No estaba destinado aquel hombre á ejercer una gran influencia en el destino de la desgraciada jóven?

Era indudable que sí.

—Tal vez,—pensó ella,—Dios me lo envia para protegerme, ó más bien para proteger al hijo de mis entrañas.

Violentemente latió el corazon de la baronesa cuando se hizo esta reflexion.

Era entonces madre no más, y su corazon de madre palpitaba como si fuera á romperse.

Los dias pasaban para la infeliz con una rapidez espantosa.

Acercábase el término de aquel plazo, iba á decidirse su suerte, iba á sufrir lo que ninguna mujer ha sufrido.

¡Desdichada!

La doncella habia permanecido en actitud respetuosa.

La baronesa miró á su alrededor como si aun no reconociera el sitio donde se encontraba.

Temia la sirviente uno de los arrebatos inexplicables de su señora, que ponian en conmocion á todos los habitantes de la casa; pero por aquella vez se equivocó, pues la viuda, sin articular una sílaba, hizo seña para significar que queria acostarse, y se dejó desnudar.

—¿Quién es capaz de comprenderla?—decia para sí la criada.

Alguien habia con inteligencia bastante para comprender á la viuda, pues el señor de Velardi la conocia perfectamente, y Alberto debia conocerla muy pronto.

Hicieron entre los sirvientes muchos comentarios.

Preguntábase qué era lo que habia sucedido; pero no pudieron adivinar la verdad.

Una hora despues dormia, ó parecia dormir profundamente la baronesa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, uno de sus criados salió de la casa.

Nadie lo vió, porque los demás dormian.

Presurosamente se dirigió á la vivienda del señor de Velardi, siendo recibido por el criado de éste, de cuyas cualidades hemos hablado ya.

—¿Y tu amo?—preguntó el criado de la baronesa.

—Ya puedes suponer que está en la cama,—respondió el otro.

—Pues si duerme, hábrás de despertarlo.

—Supongo que el asunto es de interés.

—Lo ignoro.

—Discreto eres.

—Si no por virtud, por necesidad.

—Entiendo.

—El tiempo pasa y tengo que irme, porque si me echan de ménos, sospecharian lo que no es menester.

Cinco minutos despues el criado de la baronesa entraba en el dormitorio del caballero Velardi.

Encontrábase éste en el lecho, y se incorporó, poniéndose sus lentes, como si de ellos tuviese una absoluta necesidad.

—Buenos dias, Domingo,—dijo con su meliflua voz.

—Algo pasa.

—Lo supongo.

—No he podido adivinar lo que es.

—Ya sabes que me desagradan los comentarios.

—Perdone usted.

—Refiéreme con exactitud los sucesos, y así cumplirás tu deber.

—Anoche se metió la señora en su aposento.

—¿No se acostó inmediatamente?

—¡Acostarse!... Tal vez dormia en un sillón, y debe suponerse así.

—¿Y por qué lo supones?

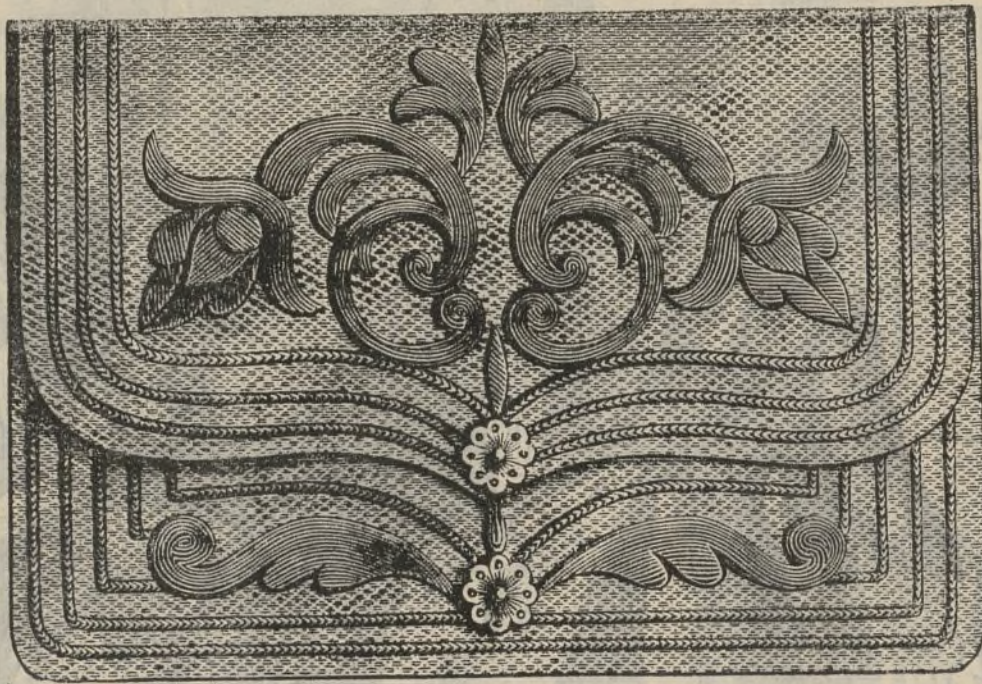
—Porque pasó el tiempo, se consumieron las bujías, se apagaron, dieron las tres, y entonces llamó.

—¿Y qué más?

—Acudió la doncella.

—Tu señora se acostaria sin pronunciar una palabra.

Grabado núm. 4.



—¡Oh!... forzosamente es usted adivino. Esperábamos una borrasca, y sin embargo...

—Os equivocásteis.

—Dice la doncella que la señora tenía el rostro trastornado, estaba pálida como un difunto y... no sé, porque no la ví.

—¿Hay algo más?

—Nada.

—Pues ahora escúchame con atención.

—Así es mi deber hacerlo.

—Debes recordar que anoche fué presentado un caballero.

—Sí.

—Pues no lo olvides.

—Entiendo.

—Has de observar...

—No necesito más explicaciones.

—Vuelve á tu casa.

El criado hizo una profunda reverencia y salió sin permitirse pronunciar una palabra.

El señor de Velardi inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No me equivoqué,—murmuró.

Largo rato permaneció inmóvil.

Al fin se quitó los lentes, vistióse y llamó á su criado.

Este no parecía sorprendido de lo que acababa de ver, puesto que no era nada de nuevo.

Domingo volvió á la morada de la baronesa.

Tampoco nadie lo vió entrar.

Aun trascurrió una hora antes de que se levantasen los demás criados.

Se habían acostado tarde y no podía exigírseles que fuesen madrugadores.

La baronesa no sospechaba que tenía en su casa un espía.

¿Cómo había pasado la noche Alberto?

Preciso será que demos á conocer los sentimientos que lo agitaban.

(Se continuará.)

EXEQUIAS

de mi querido y malogrado discípulo

CÁRLOS RUBIO,

por

DON GASPAR BONO Y SERRANO.

I.

A la siguiente mañana
Del día en que Carlos Rubio
Fué, como yerto cadáver,
Colocado en el sepulcro,
Por las puertas del oriente,
Cuando asomó rubicundo
Y bello y esplendoroso
El sol ardiente de Junio,
Salí de la casa mía,
No poco meditabundo,
Considerando la muerte
De mi más brillante alumno.
¡Pobre y malogrado joven!
Antes de los ocho lustros
Pagó á la naturaleza
Inevitable tributo.
Suele burlarse la suerte
De cálculos y de anuncios,
Que estúpidos y obcecados
Los hombres forman ilusos.
Sonriendo muchas veces,
Por el Prado al pasear juntos,
A mi discípulo dije,
De su obediencia seguro:

«Que cuando yo para siempre

»Los ojos míos ya turbios

»De escribir y de llorar

»Cerrase á la luz del mundo,

»Visitara con frecuencia

»Mi solitario y oscuro

»Túmulo, rogando á Dios

»Por este anciano caduco.»

Bien lejos estaba yo

De prever la que descubro

Terrible realidad

Con sentimiento profundo.

No es el mozo, sino el viejo,

Quien viste de negro luto

Por el malogrado amigo,

Que tuvo fin prematuro.

En estas meditaciones

Abismado al templo augusto

De San Francisco llegué,

Que orna de Madrid los muros!

A la puerta de la iglesia

Hallé extranjeros; un ruso,

Un francés, un alemán,

Y un ciudadano del Cuzco.

Los cuatro me dirigieron

Cortés y fino saludo,

Rogándome que les diera

Conocimientos algunos

De los ínclitos varones

Que allí yacen insepultos,

Traídos por quien despues

Murió en la calle del Turco.

Respondí cuanto sabia

(Que por desgracia no es mucho),

De los ya olvidados muertos,

Prez de Iberia sin segundo:

Y añadí, que me esperaba

Con los párpados no enjutos

En aquel templo la viuda

Del infeliz Carlos Rubio;

Doña Magdalena Gomez,

Compañera de infortunios

Y ángel de la caridad

Para el Bardo ya difunto.

II.

No bien terminé la misa,
Que de dolor casi muerta
Oyó de rodillas toda
La virtuosa Magdalena,
Dejándola todavía
Llorosa y triste en la iglesia.
Con el rosario en la mano,
Que mitigaba sus penas,
Me despedí, no sin darle
Consuelos, que solo presta
La religion sacrosanta,
Que los cristianos veneran.
Al salir del sacro templo,
Con agradable sorpresa
Ví que los cuatro viajeros
Me esperaban á la puerta.
Sin interrogarlos yo,
Me dijeron todos, que eran
Católicos, y la misa
Oído habían completa.
Al ver sus finos modales,
Y respeto y deferencia

A los ilustres varones,
Gloria y orgullo de Hesperia;
Les brindé, como era justo,
Con mi casita modesta,
Que de San Francisco está
Muy próxima á la plazuela.

(Se continuará.)

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Vestido de fular listado.—Falda lisa por delante con dos bieles de 8 centímetros, con vivos: dos anchos volantes fruncidos y al biés adornan la falda por detrás. Corpiño abierto en chal, con largas puntas por detrás y delante. Manga de codo. Confeccion de seda negra figurando chaleco Luis XV, flotante y forrado. Por detrás puff. El delantero está adornado con bieles de seda formando cordones y un lazo de cinta; por detrás ajustado y con un volante de guipur de 20 centímetros, y otro de 6 adorna las mangas y cuello. Sombrero de paja con velo liso anudado. Rosa con caída. Zapato bronceado con tacon Luis XV.

2.º Traje de sultana gris perla.—Falda lisa. Túnica recta por delante, drapeada, abierta por detrás y guarnecida con un volante de 20 centímetros, que va en disminucion hasta quedar en 10. Corpiño con tirantes formados con un volante de 12 centímetros, y ancho lazo en la cintura, figurando aldetas. Manga de codo con volante y lazo. Sombrero de paja fina, adornado con seda marron, doble lazo, caída anudada y flores. Zapatos Fene-lon con lazos Luis XV.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

1.º Vestido de fular color gris plata con falda tableada y encaje con ondas de fular color lila. Sobrefalda de cola, recta y lisa por delante con vueltas color lila, y adorno de picos y encaje. Chaqueta andaluza con chaleco de seda color lila. Sombrero de paja de arroz con guirnalda, velo de gasa lila y bridas del mismo color.

2.º Traje para niña.—Vestido azul con escote cuadrado y aldetas largas figurando sobrefalda. Camiseta de batista. Sombrero pastora con flores y cintas.

3.º Traje para niño de tres á cinco años.—Faldilla plegada de fular lana dulce ó piqué adornado con botones. Chaqueta con aldetas cortadas y abiertas, adornadas con trencillas y botones. Sombrero de paja con cinta de terciopelo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Traje para niña de seis á ocho años.—Vestido de fular gris pizarra. Falda guarnecida con un volante de cinco centímetros, formando ondas altas, pero estrechas, y tres trencillas. Corpiño con aldetas ondeadas. Manga de codo. Dolman de paño blanco ligero, adornado con sutache y botones negros, cordones y borlas. Sombrero de paja adornado con un terciopelo negro con listas blancas y plumas.

2.º Traje de lanilla.—Falda rasante. Túnica adornada con un biés con vivo de seda y drapeado. Corpiño amazona con aldetas lisas. Dolman de paño azul turquí, adornado con terciopelo, sutache y borlas. Sombrero de paja con el ala recogida y adornado con terciopelo negro rizado de esto mismo, gran pluma y velo de gasa. Botas de cuero amarillo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

PEINADOS.

1.º Peinado para baile.—Bando á cada lado y moña con cocas escalonadas y largas, tirabuzones que descienden hasta la cintura, pluma y plumero.

2.º Bandos rusos ondulados con la sien descubierta. Una gruesa trenza forma la diadema: castaña, tirabuzones y una rosa té.

3.º Cabellos ondulados formando bandos y cocas escalonadas hasta el cuello. Moña rizada con largos tirabuzones.

4.º Bandos á la rusa, cocas á los lados, moña y un la-o.
5.º Cabellos ondulados. Cocas enlazadas forman la moña. Peine de concha con perlas gruesas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Niña de cuatro años.—Vestido de fular gris claro: falda adornada con un volante de 5 centímetros. Volante de 10 centímetros con hondos pliegues, y el cual sube formando túnica. Corpiño escotado con manga corta: un volante forma la aldetas: cinturón de cinta.

2.º Niña de 12 á 15 años.—Falda primera de tafetan azul con sobrefalda de muselina blanca con lunares, adornada con un volante de 12 centímetros. Corselillo de seda azul con escote cuadrado y un volante fruncido al rededor, de mangas y aldetas. Cinturón con caídas y ondeados.

3.º Niña de 6 á 8 años.—Vestido de fular con rayas negras y malva. Primera falda con una guarnicion con ondas de seda negra. Segunda falda bordeada de negro con puff. Corpiño con aldetas, manga corta, y camisolín y mangas de muselina.

4.º Niño de 4 á 6 años.—Pantalon y blusa de lana dulce gris. Cuello marinero de lana más oscura y adornado con trencillas. Sombrero de paja inglesa, con cinta negra.

5.º Vestido de poplín.—Falda lisa, corpiño con aldetas formando puff, y segunda falda, la cual va adornada con pasamanería y terciopelo. Manga lisa. Sombrero de paja con guirnalda y terciopelo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Portamonedas árabe. (Véase labores.)

Han acertado la charada *Corbata*, las señoritas doña A. de Echsortu y doña Trinidad de la Rua, doña Carlota Gonzalez de la Vega y doña Josefa Pujol.

SOLUCION.

Bien tu charada se acierta,
Pues nada en ella me turba,
Es prima y dos una *curva*
Y dos y tres una recta.
Fíjate bien, que no estorba;
Verás mi razon probada
Que en línea curva trazada
Háras siempre una *corba*.
Sigue así que nada importa;
Examina todavía,
Y verás por geometría
Que la recta es la más *corta*.
Dos y tres me forman *bata*;
Ya ves que voy acertada:
Y el todo de tu charada
Está bien claro, *corbata*.

J. G.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

Todas las personas que se suscriban por un año á la edicion de lujo obtienen de regalo un elegante tomo, encuadernado á la rústica, con multitud de grabados, original de la Baronesa de Wilson, titulado *El Camino de la Cruz*, y las que lo efectúen por un año á la edicion económica, obtienen un ejemplar de la *Galeria histórico-monumental de la Juventud*, que con tanta aceptacion publica don Rafael Laguna.

MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Rio, 24.